

Siempre en el ámbito de la empresa informativa, se reflexiona sobre la forma, la materialización del acontecimiento. El tipo de lenguaje elegido, el nivel de razonamiento a utilizar, la capacidad receptora de quien selecciona el acontecimiento. La empresa informativa, como elemento de intermediación social, selecciona el acontecimiento y le da forma, interpretándolo en un sentido determinado, para que sea decodificado por quienes y como se desea según sus objetivos generales, su ideología y sus intereses.

Esta obra sobre la empresa informativa, nos aporta nuevos conceptos aplicables a la realidad social de los medios de comunicación. Establecer a la audiencia como producto final de la empresa informativa, marca una nueva línea de investigación que, en nuestros días, se ajusta no sólo a los principios teleológicos de la empresa informativa, sino también a la realidad del mercado comunicacional.

FERNANDO PEINADO Y MIGUEL

VICENTE VILLANUEVA, Laura, *Sindicalismo y conflictividad social en Zaragoza (1916-1923)*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1993, 214 págs.

La presente obra nace como fruto de la tesis doctoral de Laura Vicente Villanueva, dirigida por Juan José Carreras en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza. En ella se realiza un estudio exhaustivo de las prácticas sindicales en la capital aragonesa en los años previos a la dictadura de Primo de Rivera. A modo de justificación, la autora señala la ausencia de monografías regionales y locales sobre sindicalismo y conflictividad en las primeras décadas del siglo xx.

El presente trabajo se desarrolla en torno a dos grandes capítulos. El primero describe «el sindicalismo en acción: conflictos y prácticas de clase». El siguiente se centra en sus «ideas, tácticas y objetivos», reiterando un tanto una serie de ideas ya expuestas, sobre todo en lo referente a los modelos de sindicalismo y al predominante en Zaragoza.

Comienza el estudio con una breve explicación de los indicadores geográficos, sociales y laborales de la ciudad (introducción en el contexto urbano, laboral y social), oportuna para situar al lector (en el escenario de las realidades que analiza) seguida de un rápido repaso de la historia de los antecedentes del movimiento obrero organizado.

Posteriormente se ocupa de las características peculiares del sindicalismo zaragozano, relacionándolo con la propia historia del movimiento sindical a nivel local. Se sirve para ello de varios parámetros: la conflictividad, la violencia, el número de huelgas, la creación de sociedades obreras, las prácticas represivas o la afiliación sindical. Del estudio de su evolución extrae varias conclusiones novedosas. Una es la existencia en Zaragoza de un modelo peculiar de sindicalismo (con unos componentes ideológicos, tácticos y estratégicos que diferían del sindicalismo socialista), que se impuso de manera hegemónica en la capital a partir de 1917. Este no es otro que el sindicalismo revolucionario, que defendía, entre otras cosas, la flexibilidad ideológica y el apoliticismo, rasgos configuradores de la Federación Local de Sociedades Obreras (FLSO): «Su objetivo no era monopolizar desde una opción política el campo sindical, sino unir a los trabajadores, al margen de sus opiniones políticas,

en un único organismo federal de carácter esencialmente económico. Su flexibilidad pragmática en el terreno organizativo permitió convivir dentro de la FLSO a sociedades obreras que estaban federadas a UGT y CNT. Su pragmatismo, flexibilidad y eficacia convirtió a la FLSO en 1918 en un organismo sindical sólido y fuerte» (p. 154).

En resumen, la obra aporta datos de los numerosos conflictos que se desarrollaron en la ciudad del Ebro, de la actitud tomada ante ellos por las distintas fuerzas sociales, de las diversas asociaciones que fueron constituyéndose y sus relaciones con los sindicatos nacionales (CNT, UGT...). Es sumamente interesante, por tanto, para quien quiera conocer con detalle la historia y la evolución del movimiento obrero zaragozano.

M.^a FERNANDA SANTANA CRUZ

VICTORIA, O., *Vida de Salvador de Madariaga* (2 tomos). Madrid, Fundación Areces, 1990, 1.517 págs.

Cuando evocamos a Salvador de Madariaga nos viene a la memoria, y, por ende no debemos ocultarlo, el gran amor que sentía por España al estilo unamuniano; por cierto qué poco se escribe o se oye tal término en los medios de comunicación y, sobre todo, en la clase política, paradójicamente en un país que se tilda de haber conseguido las máximas cotas de libertad y de pertenecer con descaro, al menos eso es lo que nos recuerdan todos los días, al paraíso democrático. En la vida y en la obra de Salvador de Madariaga se trasluce una constante nítida: libertad, España, Europa. Estas tres palabras no se pueden disociar; es el sustrato de su quehacer como escritor y conferenciante.

Con esta mira creo yo, Octavio Victoria se ha zambullido con pasión pero con ojo crítico en la obra y vida de uno de los escritores más completos de la era contemporánea al acercarse a todos los géneros literarios, históricos y periodísticos. Estamos ante una obra, aunque en un principio fue tesis doctoral, si no única, sí señera por su rigor científico. El primer tomo abarca la vida del autor donde Octavio Victoria analiza los años de formación, de inteligencia, de sabiduría y un epílogo. Del período de formación destaco un hecho trascendente, y no es otro que cuando estaba en Madrid, al anochecer, solía ir por la Cacharrería del Ateneo. Aquí es donde conoció a muchas de las principales cabezas de España. Salvador de Madariaga escuchó entre discusiones apasionadas los eternos problemas de España; pero lo que más le gustaba era adentrarse en la obra de Miguel de Unamuno, «gracias a él —narra Madariaga—, logré vivir la experiencia plurinacional de España, llegar no meramente a una comprensión del problema catalán, sino a una ampliación y a un ensanchamiento de mi hispanismo que ahora al fin abarcaba lo catalán y lo portugués y, claro está, lo vasco». En estos años de Ateneo Madariaga, por consiguiente, tuvo la oportunidad de conocer bien personalmente o por lecturas a muchas personalidades españolas. Me ha llamado la atención que Octavio Victoria escriba que Salvador «nunca cruzó la palabra con don Benito Pérez Galdós, que no solía ir por el Ateneo, pero lo vio y admiró repetidamente». Dicho así puede pensarse que Galdós no iba por el Ateneo, cuando el escritor canario-madrileño tenía en su mente que la mejor Universidad eran la calle y el Ateneo. De hecho era un asiduo ateneísta; otra cosa es que a partir de 1912, cuando la ceguera pudo más, no lo frecuentara como él quisiera por motivos de salud. Ese dato tenía que haberlo matizado más.